

Manuela MARÍN: *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1959)*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2015, 756 pp.

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca

Literatura colonial de los españoles en Marruecos

Manuela Marín es muy conocida como especialista en historia de la España musulmana. No obstante, a su larga trayectoria de investigaciones en este ámbito se une más recientemente su interés por las relaciones entre España y Marruecos. *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1956)* es un ejemplo de lo enunciado. Esta obra constituye un exhaustivo y monumental análisis de la “literatura colonial”, en su acepción más laxa. Un amplísimo conjunto de títulos que vieron la luz entre 1860, coincidiendo con el término de la guerra de Tetuán, y 1956, momento en el que formalmente se reconoce la independencia del reino marroquí. Aunque no es el primero, sí que nos hallamos ante el trabajo más profundo de los publicados hasta la actualidad a propósito del complejo mundo de las percepciones españolas sobre el Sultanato marroquí. El objetivo del libro es, en palabras de la autora, «observar el contacto entre ellos [los colonizadores] y la población local y analizar qué consecuencias tuvo para su visión de Marruecos y para su propia identidad». Una labor nada sencilla, donde los testimonios personales –en ocasiones anecdóticos, contradictorios, pero siempre reveladores– cobran particular relevancia, en consonancia con los intereses de los llamados “estudios poscoloniales” o “estudios subalternos”. Marín se siente cómoda bajo el paraguas de ambas etiquetas académicas y aplaude, con razón, su carácter innovador. Aunque bastante peor suerte corre en este aspecto, y si atendemos a sus comentarios, la historia militar (con salvedades). A modo de pequeño reproche, no queremos dejar de subrayar el hecho de que ésta también viene experimentando un proceso de renovación metodológica y temática. Así, los trabajos que esta revista ha venido publican-



do constituyen una demostración palpable de ello.

Manuela Marín ha empleado una inmensa base documental en la elaboración de esta obra y lo evidencia en el impresionante aparato crítico que acompaña a cada uno de los capítulos: relatos de viaje, obras de ficción, memorias, artículos periodísticos, recursos cartográficos, actas de congresos, etc. Poco importa para sus intereses, para el estudio de los puntos de contacto cultural, la clásica distinción entre arabistas y africanistas. Ambos con-

tribuyen a forjar identidades contrapuestas donde la guerra se convirtió en la gran constante histórica.

“Imágenes, migraciones, impactos” es el título del primero de los grandes capítulos de *Testigos coloniales*. La búsqueda de oportunidades de negocio y la manida pretensión civilizadora aparecen como leitmotiv justificador de la presencia española en Marruecos. Sin ese primer propósito no se entendería la creación de sociedades geográficas o la celebración periódica de congresos de geografía “mercantil y colonial” en las últimas décadas del siglo XIX. Del mismo modo, la mentalidad darwinista permea, con contadísimas salvedades, todos los escritos que Marín examina. La autora se detiene a valorar los procesos de aculturación entre los marroquíes, destacando la idea de que la resistencia a la penetración colonial no fue uniforme ni continua. El movimiento africanista español, como tanto otros, no dudaba de las bondades de la civilización occidental. Aunque, muy obsesionado con relegar al pasado la losa de la pérdida del imperio americano, también exhibió caracteres propios tales como la instrumentalización, muy interesada, de episodios concretos de la historia de España, la acentuada defensa de la fe cristiana o el considerable peso de la mirada orientalista en sus percepciones. El “alma” marroquí intrigó a todo aquel que se aproximó y convivió con el vecino sureño. El fanatismo, la astucia y la traición aparecen como las formas de conducta que más habitualmente se achacaban a los rifeños, alcanzando su paroxismo en el momento del desastre de Annual y la posterior matanza de Monte Arruit. También la gallardía y virilidad occidentales se opusieron recurrentemente a la indolencia oriental. Tajantes oposiciones que se extienden al terreno de la escritura, la alimentación, las relaciones entre géneros... todo lo preciso para respaldar la acción bélica. Contraimágenes no siempre exitosas, pues no faltaron incisivos observadores capaces de reparar, por ejemplo, en la similitud entre los campesinos de ambos lados del Estrecho o en la equiparable situación de opresión sufrida por las mujeres. Sin embargo, los emigrantes y, muy especialmente, los soldados conformaron el grueso de la población española residente en Marruecos, cada vez más implicados en una espiral de violencia capaz de reafirmar la tradicional imagen del enemigo como desleal y salvaje.

Las interacciones, a veces difíciles de visualizar, entre colonizadores y colonizados constituyen el hilo argumental del segundo capítulo de *Testigos coloniales*. Manuela Marín, para empezar, repara en el papel nada baladí de elementos distorsionadores como la nostalgia y señala, asimismo, el influjo de los factores étnicos, religiosos, de posición social y económica a la hora de calibrar los escritos estudiados. En la literatura colonial, por fortuna, abundan los lugares de encuentro, ya sean los de la esfera pública urbana (calles, zocos) o los nuevos espacios de sociabilidad originados con la progresiva ocupación española (teatros, cafés, tabernas). Actividades como la caza o las celebraciones nupciales igualmente permitieron los roces culturales, si bien fueron las sucesivas campañas militares las que sirvieron en bandeja el anhelado deseo de penetrar en los espacios domésticos marroquíes. Con el establecimiento del protectorado, tres áreas de contacto institucional plasmaron el sometimiento marroquí al directo control colonial: el ejército, la sanidad y la educación.

La autora por ello abunda en la posición de las tropas indígenas y de los confidentes, en la reputada labor de los médicos –Felipe Óvilo es quizás el ejemplo mejor conocido– entregados a la conquista de corazones o en la labor también de atracción, pero más discreta,

desempeñada por centenares de maestros. Destaca aquí sin duda la figura de Fernando Valderrama. Los frecuentes contagios léxicos, particularmente habituales entre los estratos sociales inferiores y sobre todo en los momentos de conflicto –esos insultos intercambiados en castellano–, también acaparan la atención de la autora. No obstante, mayor protagonismo merece la labor desempeñada por traductores como Aníbal Rinaldy, Felipe Rizzo, Juan Zugasti o Clemente Cerdeira. Hubo también, aunque no muchos, militares que por propia iniciativa se volcaron en el estudio del árabe y/o chelja. Tal vez el caso de José Riquelme sea el mejor conocido (divertidísima es la anécdota sobre Berenguer y su supuesta habilidad para interpretar las inscripciones de la Alhambra).

El encanto y desconcierto provocado por la indumentaria marroquí es uno de los aspectos más meticulosamente abordados por Manuela Marín en este volumen. Su variedad de tonos y colores contrasta con la empleada por los europeos. Pero seducía y, así las cosas, en varias ocasiones los españoles adoptaron las vestimentas ajenas (el peligro del *going native*, tan denunciado por los colonialistas británicos), ya fuera durante viajes de exploración geográfica, por razones de seguridad o para hacerse valer bajo la etiqueta de militar africanista. La comida, por otra parte, posee asimismo una considerable importancia en las construcciones identitarias. En concreto, los tabúes alimenticios islámicos delimitan una muy estricta frontera entre españoles y marroquíes, más si pensamos en el consumo de cerdo que en el de alcohol. Por este motivo, Marín reflexiona sobre aspectos tales como los modales exhibidos en la mesa, el desagrado con el que los españoles habitualmente consumían cuscús o leche agria... Testimonios como los de Bernaldo de Quirós o Teodoro Fernández de las Cuevas nos ilustran, además, a propósito de la frugalidad rifeña, mientras que las descripciones de personajes como Rafael Mitjana se centran, al contrario, en los excesos de los convites ofrecidos a las embajadas extranjeras.

La mujer se convierte en la gran protagonista de “Intimidades”. Manuela Marín recoge en este extenso capítulo una amplia variedad de textos y narraciones por los que desfilan esposas o hijas de obreros, de funcionarios, mujeres con profesión propia, sirvientas, maestras, cantineras, “biografías inesperadas” como la de Josefa Omar González, etc. Las mujeres marroquíes, casi siempre catalogadas como bestias de trabajo u objetos de placer, coparon las páginas de buena parte de la literatura colonial española. El harén, la ausencia de libertad o el deseo de convertirse al cristianismo sirven como temas recurrentes de abundantes relatos, mientras que solo una minoría de incisivos observadores, tal vez con José Díaz Fernández y Emilio Blanco Izaga a la cabeza, fueron capaces de apreciar las similitudes en las condiciones de vida entre campesinas de ambos países.

El carácter tan fortuito de los encuentros entre los españoles y las marroquíes reforzó el mito de la sensualidad mora, pero los sucesivos choques armados cargarían de salvajismo y barbarie esa imagen estereotipada. Aunque más accesibles, esclavas negras y mujeres judías serían igualmente reducidas a meros objetos sexuales debido a su pertenencia a minorías sometidas por completo. En definitiva, las relaciones amorosas o uniones irregulares mixtas –pensemos en ese manido tópico del oficial y la mora– fueron contempladas con gran desconfianza, si bien es cierto que, como fenómeno muy limitado, algo de ese rechazo se atenuó en los últimos tiempos del protectorado. Con un apartado dedicado al comercio sexual y al funcionamiento de los prostíbulos finaliza Marín su tercer capítulo de *Testigos*

Coloniales. Los intentos de reglamentación de estas actividades surtieron escaso efecto y así abundaron los escritos sobre, por ejemplo, el escabroso aspecto ofrecido por el barrio de la Alcazaba de Tetuán o el libertino ambiente melillense. Más desesperada, con todo, se intuye la situación de las conocidas como “moras del barranco” (chicas muy jóvenes que, oportunamente, se desplazaban a las trincheras a finales de mes, cuando los militares españoles habían recibido su soldada). Si en el capítulo previo se aludía, de manera pasajera, a las violaciones de cautivas españolas tras el desastre de Annual, en este tercer apartado y a modo de broche final, se alude a las violaciones de rifeñas. Entendidas como un botín de guerra más, el capitán Pomés y el explorador Alberto Suárez Lorenzana adquieren un tristísimo protagonismo en un asunto tradicionalmente silenciado.

La cautividad en el Mediterráneo durante la Historia Moderna ha merecido muchos trabajos monográficos, pero la figura del cautivo adquiere un carácter bastante residual en la Edad Contemporánea debido al nuevo equilibrio de poder político creado en la región. Con su habitual minuciosidad, no obstante, Manuela Marín analiza y disecciona su imagen en el cuarto apartado de su obra. Además de perder su libertad, los cautivos ven amenazada su identidad, sometidos a mil humillaciones y al trato cruel de sus captores. Tres fueron las regiones geográficas donde se practicó más la cautividad: el área noroccidental de Yebala, escenario del carismático y desquiciante al-Raysuni; la zona costera del Sus, donde confluían muchos intereses comerciales de españoles y marroquíes; y las regiones aledañas a Melilla y la costa del Rif, con los bocoyas muy acostumbrados al asalto de cárabos españoles. Aunque son los prisioneros de Abd-el-Krim quienes, justificadamente, más acaparan la atención de la autora. Este calamitoso episodio, sabido es, mereció muchas primeras planas en la prensa coetánea, así como también espoleó a individuos como Pérez Ortiz, Sigifredo Sáinz o el sargento Basallo a divulgar su verdad. El trato dispensado por los rifeños al general Navarro –testimonio vital en las indagaciones de Juan Picasso acerca de las turbias responsabilidades del desastre de Annual–, así como la gestión del controvertido rescate en masa, no hicieron sino incrementar la expectación que toda la trágica situación de los cautivos despertaba. Con la mujer musulmana que se encariña o enamora del cautivo y con la alusión a las prisioneras de Abd-el-Krim, siendo el caso de Carmen Úbeda el más célebre, Marín concluye otro capítulo repleto de notas terroríficas.

“Los renegados”, ya para finalizar, es el título de la última parte de *Testigos coloniales*. Al igual que ocurre con los cautivos, la historiografía contemporánea no le ha prestado una excesiva atención a esta figura. Conoció, eso sí, cierto resurgir literario coincidiendo con el desarrollo de la guerra de Tetuán; autores consagrados como Galdós o Sender también los hicieron desfilar en sus obras; y Josep María Prous i Vila, a medio camino entre la realidad y ficción, incluyó igualmente a uno en su valioso *Quatre gotes de sang*. El número de renegados no era muy elevado y, de hecho, fue disminuyendo a lo largo de la centuria examinada. Prisioneros fugados o desertores del ejército, sus perfiles individuales son variados. Llamativo y conocido, por ejemplo, es el testimonio de Luis Casado Escudero a propósito de la colaboración de algunos artilleros españoles con Abd-el-Krim. Dice el refrán que “como muestra, un botón” y, seguramente por este motivo, Manuela Marín recoge al final del libro la autobiografía de un renegado, Eleuterio Ochova y Delgado, en la que narra su cautiverio y huida.

En conclusión, Manuela Marín logra acercarnos con esta monumental obra a la historia común de España y Marruecos entre mediados del siglo XIX y del XX. Escrita con un estilo ameno, la autora nos sorprende con algunos episodios cómicos en una historia presidida, sobre todo, por la tragedia de la guerra. Pulcritud formal y altas dosis de sentido común en el fondo se conjugan para hacer de este libro un ensayo que se disfruta de principio a fin.